

16 de mayo de 2004

Entrevista / Bernard Lahire / Separa cultura de clase social

El sociólogo francés Bernard Lahire rechaza que la posición socioeconómica determine el gusto por las manifestaciones artísticas y sostiene que alta y baja cultura son compatibles

Auxilio Alcantar

Elementos como familia, amigos, trayectoria personal, profesión y, sobre todo, los medios de comunicación intervienen en la formación de los gustos culturales, sin importar la clase social a la que se pertenece, sostiene el sociólogo francés Bernard Lahire, autor de *La cultura de los individuos: disonancias culturales y distinción de sí*.

A mediados de los 70, el sociólogo francés Pierre Bourdieu hizo escuela con su teoría sobre la distinción cultural entre las clases sociales, con una cultura alta o "legítima" para la burguesía, y una baja o "ilegítima" para el proletariado.

Desde entonces, ese fue el parámetro para hablar del tema, por lo que la teoría de Lahire ha provocado polémica en Francia.

Para Lahire, la sociedad está marcada por las desigualdades de acceso a la cultura, pero rechaza el esquema de una clase dominante cultivada, sectores medios con aspiraciones y una clase baja alejada de la cultura.

La mayor parte de los individuos, sin importar la clase social, realizan prácticas culturales que van de las más "legítimas" a las menos "legítimas", dice, ya que una misma persona puede asistir a exposiciones, la ópera o el ballet y ser fanática de telenovelas, series de televisión o combates de box. En su libro, Lahire cuenta que el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, a principios del siglo 20, escandalizaba en su medio burgués por su entrega a la diversión popular y el apasionamiento por géneros literarios menores; y Jean-Paul Sartre prefería las películas de vaqueros en la tele y la novela policiaca, a leer a Wittgenstein.

¿Extravagancias de artistas o coqueterías filosóficas? No, hay algo más, asegura Lahire.

Con base en encuestas, estadísticas y entrevistas, el sociólogo pretende transformar la visión de lo que se entiende por cultura, la relación de ésta con los distintos grupos sociales y el eclecticismo individual.

- Un intelectual puede ir a la ópera y ser fanático de Disneylandia, lo mismo que un obrero asistir a conciertos de música clásica y ver exposiciones, ¿por qué nos sorprendemos frente a estas disonancias culturales?

Nos sorprenden porque estamos acostumbrados a ver la cultura en relación con las clases sociales, separarla por grupos y reflexionar en términos de desigualdad de acceso a la cultura.

En general, cuando decimos cultura, hablamos de la "gran" cultura: pintura, danza y música clásica. Tenemos la idea de que a culturas particulares corresponden grupos particulares. Se piensa que cuando más bajo se está en el peldaño de la jerarquía social, menos se ama o menos se frecuentan los lugares de la llamada "gran cultura". Por eso la sorpresa al ver estadísticamente probado que en todas las clases sociales hay mezclas de registros culturales.

- Es manifiesto el deseo de un modelo de consonancia, particularmente en el área de la cultura, ¿por qué?

Hay muchos mitos en torno a lo que es una élite y la representación que se tiene de esa minoría selecta. En general, se cree que hay una cohesión de grupo y que éste es culto por naturaleza. O, a la inversa, se piensa que el grupo con pocos estudios no tiene ningún interés en la cultura. Hasta la palabra se ha sacralizado; abundan las metáforas de tipo religioso, se habla de fe cultural y de gente que comete "pecados" culturales.

Para ciertos grupos sociales, la cultura ha reemplazado a la religión, se ha convertido en algo que define enormemente a los individuos, y por eso la tendencia a medir el valor de las personas por su posición en una escala cultural.

A partir del momento en que la cultura es instrumento de distinción social, de definición de sí y de un lugar en la sociedad, se comprende que la ambigüedad de gustos o las variaciones parezcan extrañas. La gente quiere presentarse siempre bajo el aspecto que más la valoriza, y los que asumen gustos culturales "ilegítimos" lo hacen casi siempre disculpándose o buscando circunstancias atenuantes.

- Los intelectuales son más reacios a aceptar sus propias disonancias, a diferencia del obrero que puede decirnos con mayor libertad "fui a la ópera", ¿no es así?

Seguro. Para los intelectuales, éste es punto clave de su existencia. Ellos se definen esencialmente por la cultura, por su posición y sus preferencias culturales, pero si un obrero puede confesar que fue a la ópera, es justamente porque no es una confesión. No hay falta, al contrario.

Cuanto más se escala en la pirámide de la "gran cultura", más se crece; prima la idea de un crecimiento personal, a través del consumo de la música culta, la literatura o la poesía.

Emplear el término de "alta cultura" o "gran cultura", indica la función que ésta tiene de cara a los individuos que la consumen. El costo es menor para un obrero porque asociarse a la "alta cultura" es verse crecer. En contrapartida, el que tiene altos estudios, difícilmente reconocerá que adora programas televisivos de segundo rango, porque confesarlo lo hace bajar en la escala cultural.

- ¿Cómo se crean esas variaciones o disonancias culturales en el individuo? Una de las principales condiciones para consumir una cultura variada es la movilidad social, y no necesariamente muy grande.

Movilidad social implica no tener la misma posición social que los padres, sea ésta más alta o más baja. Influye también la movilidad escolar, una trayectoria ascendente o descendente en relación a la de los progenitores. Estos desplazamientos hacen que el individuo viva en un medio diferente y se codee con gente distinta a la de su familia de origen. La experiencia socializante heterogénea durante la infancia o adolescencia, aunada a cambios importantes en la condición material, la transmisión del capital cultural paterno y las influencias conyugales explican que un individuo pueda apreciar o amar cosas que están en registros distintos.

- Y en estas variaciones tendría especial importancia la expansión de los medios audiovisuales.

Por supuesto, la radio y la televisión transmiten diversión, pero también una "cultura legal". A pesar de ser estigmatizada por la élite cultural, la televisión es una herramienta de apertura para las clases populares. La gente puede descubrir cosas que nunca vería si la tele no existiera, apreciar espectáculos teatrales, de música o danza que no iría a ver jamás. Parece paradójico, pero la televisión explica mucho del eclecticismo de hoy.

Por otra parte, la televisión participa activamente en la disminución de la creencia de una cultura dominante "legítima".

Además, la radio y la tele permiten el consumo en privado, y esto es crucial. Muchos seres se autorizan a ver una película que no irían a ver al cine, o a mirar emisiones populares y comerciales que en un marco público no verían. Lo hacen en la esfera privada porque en ese ámbito las normas culturales pesan menos.

- Su libro ha provocado revuelo, se dice que con los elementos que aporta fragiliza la teoría de Pierre Bourdieu, ¿qué piensa de esto?

Es difícil responder. No creo que lo que digo sobre los perfiles culturales disonantes esté en contradicción con lo que expuso Bourdieu, particularmente en un libro publicado en 1979, titulado La distinción. Creo que ambas constataciones son válidas. Las desigualdades de acceso a la cultura están presentes y, efectivamente, existe una función distintiva para las élites.

Bourdieu y sus discípulos mostraron la enorme brecha en la visión que cada clase social tiene de cara a la cultura "legítima". Sin embargo, esta escala de observación a nivel de grupos corresponde a su época. Yo llego con cuestiones propias de mi tiempo. Compruebo que en el interior de los diversos grupos sociales hay individuos que están multideterminados por toda una gama de experiencias socializantes.

Reconozco que las élites tienen perfiles culturales más enfocados hacia la cultura "legítima" y los de las clases populares hacia la ilegítima, pero no descarto el papel crucial que juega el perfil individual.

- ¿De qué manera su trabajo puede alimentar reflexiones o acciones

políticas?

No lo sé. Me parece interesante la constatación de que no hay universos tan separados como se creyó durante mucho tiempo. Las palabras que empleábamos, "cultura de élite", "cultura popular", encerraban a los grupos culturales en sí mismos y daban la impresión de que había culturas muy diferentes.

Lo que aporto es la prueba de diversidad y mezclas entre los integrantes de cualquier grupo. Esto puede servir para que las élites comprendan que el hecho de consumir productos culturales "fáciles" no impide que podamos consumir otros más "cultos". En la élite hay críticas muy fuertes hacia la cultura "popular", basadas en la mala conciencia. Parte de los miembros de esa élite consumen en su universo privado cultura "popular" y cuando critican la cultura industrial o la cultura de masas, lo que están haciendo es criticarse a ellos mismos. Critican una parte de lo que son, ven o consumen.

Pienso que mi trabajo puede ayudar a distender los razonamientos sobre el concepto de "cultura", a evitar el desprecio por el otro; a desculpabilizar a la gente en su relación con la cultura.

Es importante también reconocer la apertura que dio la televisión al mundo cultural y establecer que las clases populares no están sistemáticamente en registros culturales poco legítimos o fáciles.

Todo esto vuelve más compleja la mirada de lo que son los individuos en nuestra sociedad, y eso permite, creo, reflexionar en políticas culturales que tomen en cuenta la complejidad de perfil cultural individual.

- Terminemos con una nota personal, ¿Bernard Lahire se permite sin complejos sus disonancias culturales?

Mi modelo de explicación sociológica se aplica a mí como a los otros. Provengo de un medio popular, de padres obreros y divorciados. Soy un tráfuga de clase social, con movilidad ascendente. Mis padres tenían pocos estudios y ninguna formación artística para transmitir a sus hijos. Pero me dieron los medios para ir a la escuela y convertirme en profesor de sociología. Así pues, en mi consumo cultural de hoy, hallamos de todo: me gusta la novela de vanguardia, la literatura experimental, textos académicos y combino todo esto con emisiones televisivas, como El Gran Hermano, estrellas de la música pop, series estadounidenses, etcétera.

Considero que la televisión no es una prolongación de mi trabajo, y cuando la miro lo hago de forma relajada, sin exigirme nada.

Auxilio Alcantar, periodista cultural

Un hombre plural

Bernard Lahire es profesor de sociología en la Universidad de Lyon, Lumiere II. Autor de cuadros de familia (Gallimard, 1995), El hombre plural (Nathan, 1998), La invención del iletrismo (La Découverte, 1999) y Retratos sociológicos (Nathan, 2002)

